

pocas las circunstancias que requieren que un hombre afronte la muerte. Ferreira, sin embargo, no volvió: afirmó haberse convertido al budismo y abandonó el nombre de Cristóbal, *el que lleva a Cristo*, por el de Sawano Chuan, *Casa de la Fidelidad*.

La conmoción mayor para la Compañía se produjo, no obstante, tres años más tarde, cuando Chuan escribe un breve manual destinado a los inquisidores japoneses titulado *Kengiroku o la revelación de la impostura*, en el que enseña a interrogar y confundir a los cristianos con sus propias armas doctrinales, a reducir la teología cristiana a contradicción y a demostrar las falacias del catolicismo. El padre Ferreira no es el primer apóstata que confuta el cristianismo: pocos años antes había abjurado el jesuita japonés Fabián Fukan, que había realizado la doble proeza de confutar por escrito, y con indudable finura teológica, todas las religiones que, sucesivamente, había profesado. Como cristiano escribió un diálogo destinado a demostrar la bondad y la verdad del cristianismo y a revelar las abominaciones del budismo, el confucianismo y el sintoísmo; como apóstata y -de nuevo- budista redactó la *Confusión del Dios Cristiano*. El padre Fukan tenía profundos conocimientos teológicos de las religiones asiáticas que alternativamente confuta o defiende. El padre Ferreira, en cambio, no escribe tanto para demostrar la falsedad del cristianismo frente a las que en Europa llamaban las *sectas japónicas* como, sobre todo, para confundir a los sospechosos de profesarlo y demostrar los peligros de esa fe para la armonía de las repúblicas y la seguridad de la vi-

da civil. Quizá por ello el plan general del libro es extremadamente simple y sigue las líneas básicas de un catecismo: señala en primer lugar los principios del dogma, enumera los diez mandamientos, comenta episodios de la vida de Jesús y recorre los principales sacramentos. En todos los casos, revela la contradicción o las insidias de la doctrina. De la vida de Jesús, cuenta el nacimiento inverosímil y la visita de los magos, la masacre de los inocentes y la huida a Egipto, las aclamaciones del domingo de Ramos seguidas del prendimiento, la crucifixión, la resurrección y la ascensión al cielo. De los sacramentos -que administró durante tantos años en la clandestinidad- señala el absurdo del pecado original y de su desaparición con el bautismo así como el de la

transformación del pan y el vino en carne y sangre; denuncia la práctica de la confesión como forma de control de las conciencias; enumera las paradojas de que una sustancia material -el agua- pueda lavar una espiritual -el alma- o de que una frase -*ego te absolvo*- pueda eliminar los pecados de un hombre.

Sobre todas las cosas, Ferreira - Chuan contesta la doctrina de la gracia, lamenta la arbitrariedad de Dios ante los escogidos y los réprobos y critica la actitud de la Iglesia ante los bienes terrenales. Informa a los inquisidores de que la Iglesia de Roma cobra por las plegarias a los muertos, de que vende indulgencias o de que se apropia de los bienes de los que profesan: en Europa, según cuenta, puede comprarse o revenderse la excomu-

